

Jack London

Odisea

En El Norte



E LEJANDRIA

Jack London

Odisea
En El Norte



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

ODISEA EN EL NORTE

JACK LONDON

**PUBLICADO: 1902
FUENTE: WIKISOURCE
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

ODISEA EN EL NORTE

Los trineos entonaban su lamento eterno al compás del crujido de los arneses y el tintineo de las campanillas de los guías; pero los hombres y los perros estaban cansados y no emitían sonido alguno. La senda estaba pesada por la nieve recién caída, y habían recorrido un largo trecho; los patines, cargados con cuartos de alce congelado, duros como el pedernal, se aferraban tenazmente a la superficie sin compactar y oponían una resistencia casi humana. La oscuridad se cernía sobre ellos, pero no montarían campamento esa noche. La nieve caía suavemente a través del aire sin pulso, no en copos, sino en diminutos cristales de escarcha de delicado diseño. Hacía mucho calor —apenas diez grados bajo cero— y a los hombres no les importaba. Meyers y Bettles se habían levantado las orejeras, mientras que Malemute Kid incluso se había quitado los mitones.

Los perros se habían agotado a primera hora de la tarde, pero ahora comenzaban a mostrar un vigor renovado. Entre los más astutos se percibía cierta inquietud: una impaciencia ante la sujeción de las tiras, una indecisa presteza de movimientos, un olfateo de hocicos y un aguzar de orejas. Estos se enfurecían con sus hermanos más flemáticos, instándolos a avanzar con numerosos y taimados mordiscos en los cuartos traseros. Aquellos, así reprendidos, también se contagiaban y ayudaban a propagar la agitación. Por fin, el líder del primer trineo emitió un agudo gañido de satisfacción, agazapándose más en la nieve y lanzándose contra el collar. El resto lo imitó. Hubo un reagrupamiento de las cinchas, una tensión de las tiras; los trineos saltaron hacia adelante, y los hombres se aferraron a las varas de dirección, acelerando violentamente el movimiento de sus pies para no quedar

atrapados bajo los patines. El cansancio del día se desvaneció de ellos, y vitorearon para animar a los perros. Los animales respondieron con alegres aullidos. Se deslizaban a un galope estruendoso a través de la creciente oscuridad.

— ¡Yia! ¡Yia! — gritaban los hombres, cada uno a su vez, mientras sus trineos abandonaban bruscamente la senda principal, inclinándose sobre un solo patín como balandras al viento.

Luego vino una carrera de cien yardas hacia la ventana de pergamino iluminada, que contaba su propia historia de la cabaña familiar, la rugiente estufa del Yukón y las humeantes teteras. Pero la cabaña familiar había sido invadida. Una sesentena de huskies corearon un desafío, y otras tantas figuras peludas se precipitaron sobre los perros que tiraban del primer trineo. La puerta se abrió de golpe, y un hombre, ataviado con la túnica escarlata de la Policía del Noroeste, se adentró hasta las rodillas entre las furiosas bestias, impartiendo con calma e imparcialidad una justicia pacificadora con la culata de un látigo para perros. Después de eso, los hombres se dieron la mano; y de esta manera fue Malemute Kid bienvenido a su propia cabaña por un extraño.

Stanley Prince, quien debería haberle dado la bienvenida, y quien era responsable de la estufa del Yukón y el té caliente antes mencionados, estaba ocupado con sus invitados. Había una docena de ellos, un grupo de lo más variopinto que jamás haya servido a la Reina en la aplicación de sus leyes o la entrega de su correo. Eran de muchas estirpes, pero su vida en común había forjado en ellos un cierto tipo: un tipo enjuto y nervudo, con músculos endurecidos por la senda, rostros bronceados por el sol y almas imperturbables que miraban con franqueza, con ojos claros y firmes. Conducían los perros de la Reina, infundían temor en los corazones de sus enemigos, comían de su magra pitanza y eran felices. Habían visto la vida, y realizado hazañas, y vivido romances; pero no lo sabían.

Y se sentían como en casa. Dos de ellos estaban tumbados en la litera de Malemute Kid, cantando chansons que sus antepasados franceses cantaban en los días en que entraron por primera vez en las tierras del Noroeste y se aparearon con sus mujeres indias. La litera de Bettles había sufrido una invasión similar, y tres o cuatro robustos voyageurs removían los dedos de los pies entre sus mantas mientras escuchaban el relato de uno que había

servido en la brigada de botes con Wolseley cuando se abrió paso hasta Jar-tum. Y cuando se cansó, un vaquero habló de cortes y reyes y lores y damas que había visto cuando Buffalo Bill recorrió las capitales de Europa. En un rincón, dos mestizos, antiguos camaradas en una campaña perdida, remendaban arneses y hablaban de los días en que el Noroeste ardía en insurrección y Louis Riel era rey.

Bromas rudas y chistes aún más toscos iban y venían, y se hablaba de grandes peligros en la senda y el río como si fueran lugares comunes, solo recordados en virtud de algún grano de humor o suceso cómico. Prince se dejó llevar por estos héroes sin corona que habían visto hacerse la historia, que consideraban lo grande y lo romántico como lo ordinario y lo incidental en la rutina de la vida. Pasó supreciado tabaco entre ellos con pródigo desdén, y las oxidadas cadenas de la reminiscencia se aflojaron, y odiseas olvidadas resucitaron para su especial beneficio.

Cuando la conversación decayó y los viajeros llenaron las últimas pipas y desataron sus pieles de dormir apretadamente enrolladas, Prince recurrió a su camarada en busca de más información.

—Bueno, ya sabes cómo es el vaquero —respondió Malemute Kid, comenzando a desatarse los mocasines—; y no es difícil adivinar la sangre británica en su compañero de cama. En cuanto al resto, todos son hijos de los coureurs du bois, mezclados con sabe Dios cuántas otras sangres. Los dos que se acurrucan junto a la puerta son los mestizos reglamentarios o bois brulés. Aquel muchacho con la faja de estambre —fíjate en sus cejas y el giro de su mandíbula— delata que un escocés lloró en el humeante tipi de su madre. Y ese tipo de aspecto apuesto que se pone el capote bajo la cabeza es un mestizo francés, ya lo oíste hablar; no le gustan los dos indios que se acuestan a su lado. Verás, cuando los mestizos se alzaron bajo Riel, los de sangre pura mantuvieron la paz, y no se han tenido mucho aprecio desde entonces.

—Pero dime, ¿quién es ese tipo taciturno junto a la estufa? Juraría que no habla inglés. No ha abierto la boca en toda la noche.

—Te equivocas. Sabe inglés bastante bien. ¿Seguiste sus ojos cuando escuchaba? Yo sí. Pero no es ni pariente ni conocido de los otros. Cuando hablaban su propio patois, se notaba que no entendía. Yo mismo me he estado preguntando qué es. Averigüémoslo.

— ¡Echa un par de leños a la estufa! —ordenó Malemute Kid, alzando la voz y mirando directamente al hombre en cuestión.

Obedeció al instante.

— Le inculcaron la disciplina en alguna parte —comentó Prince en voz baja. Malemute Kid asintió, se quitó los calcetines y se abrió paso entre los hombres reclinados hasta la estufa. Allí colgó su calzado húmedo entre una veintena de pares.

— ¿Cuándo esperas llegar a Dawson? —preguntó tentativamente.

El hombre lo estudió un momento antes de responder.

— Dicen que setenta y cinco millas. ¿Es así? Quizá dos días.

Se percibía el más mínimo acento, aunque no había torpeza ni titubeo al buscar las palabras.

— ¿Has estado antes en el país?

— No.

— ¿Territorio del Noroeste?

— Sí.

— ¿Nacido allí?

— No.

— Bueno, ¿dónde diablos naciste? No eres de por aquí — Malemute Kid barrió con la mano a los conductores de perros, incluyendo incluso a los dos policías que se habían metido en la litera de Prince —. ¿De dónde vienes? He visto caras como la tuya antes, aunque no recuerdo dónde.

— Te conozco —replicó él, de forma irrelevante, desviando de inmediato el curso de las preguntas de Malemute Kid.

— ¿Dónde? ¿Me has visto alguna vez?

— No; a tu compañero, el sacerdote, en Pastilik, hace mucho tiempo. Él me preguntó si te veía a ti, Malemute Kid. Me dio comida. No me quedé mucho. ¿Le oíste hablar de mí?

— ¡Ah! ¿Tú eres el tipo que cambió las pieles de nutria por los perros?

El hombre asintió, vació su pipa de una sacudida y manifestó su desgana para conversar enrollándose en sus pieles. Malemute Kid apagó la lámpara de sebo y se metió bajo las mantas con Prince.

—Bueno, ¿qué es?

—No lo sé; me despachó de alguna manera, y luego se cerró como una almeja. Pero es un tipo que despierta la curiosidad. He oído hablar de él. Toda la Costa se preguntaba por él hace ocho años. Una especie de misterio, ya sabes. Bajó del Norte, en pleno invierno, a muchos miles de millas de aquí, bordeando el mar de Bering y viajando como si le persiguiera el diablo. Nadie supo nunca de dónde venía, pero debió de venir de muy lejos. Estaba muy desgastado por el viaje cuando consiguió comida del misionero sueco en la bahía de Golovin y preguntó el camino hacia el sur. Nos enteramos de esto después. Luego abandonó la costa, dirigiéndose directamente a través del estrecho de Norton. Un tiempo terrible, tormentas de nieve y vientos fuertes, pero sobrevivió donde mil hombres habrían muerto, pasando de largo St. Michael y tocando tierra en Pastilik. Había perdido a todos sus perros menos a dos, y estaba casi muerto de hambre.

»Estaba tan ansioso por continuar que el padre Roubeau lo equipó con provisiones; pero no pudo darle perros, pues solo esperaba mi llegada para emprender un viaje él mismo. El señor Ulises sabía demasiado como para empezar sin animales, y anduvo inquieto varios días. Llevaba en su trineo un fardo de pieles de nutria maravillosamente curadas, nutrias marinas, ya sabes, que valen su peso en oro. También había en Pastilik un viejo Shylock, un comerciante ruso, que tenía perros de sobra. Bueno, no regatearon mucho, pero cuando el Desconocido se dirigió de nuevo al sur, fue detrás de un magnífico tiro de perros. El señor Shylock, por cierto, se quedó con las pieles de nutria. Yo las vi, y eran magníficas. Calculamos y descubrimos que los perros le salieron al menos a quinientos cada uno. Y no era como si el Desconocido no supiera el valor de la nutria marina; era un indio de algún tipo, y lo poco que habló demostró que había estado entre hombres blancos.

»Después de que el hielo desapareciera del mar, llegó la noticia desde la isla de Nunivak de que había ido allí en busca de provisiones. Luego se le perdió la pista, y esta es la primera noticia que se tiene de él en ocho años. Ahora, ¿de dónde vino? ¿Y qué hacía allí? ¿Y por qué vino de allí? Es in-

dio, ha estado en no se sabe dónde, y ha tenido disciplina, lo cual es inusual para un indio. Otro misterio del Norte para que lo resuelvas, Prince.

—Muchas gracias; pero ya tengo demasiados entre manos —replicó.

Malemute Kid ya respiraba pesadamente; pero el joven ingeniero de minas miraba fijamente hacia arriba a través de la densa oscuridad, esperando a que se calmara el extraño orgasmo que agitaba su sangre. Y cuando durmió, su cerebro siguió trabajando, y por un momento, también él vagó por lo blanco desconocido, luchó con los perros en sendas interminables, y vio a los hombres vivir, y afanarse, y morir como hombres.

A la mañana siguiente, horas antes del amanecer, los conductores de perros y los policías partieron hacia Dawson. Pero los poderes que velaban por los intereses de Su Majestad, y regían los destinos de sus criaturas menores, dieron poco descanso a los carteros; pues una semana después aparecieron en el río Stuart, cargados pesadamente con cartas para Salt Water. Sin embargo, sus perros habían sido reemplazados por otros frescos; pero, al fin y al cabo, eran perros.

Los hombres habían esperado algún tipo de descanso para reponerse; además, este Klondike era una nueva sección de las Tierras del Norte, y habían deseado ver algo de la Ciudad Dorada donde el polvo fluía como agua, y los salones de baile resonaban con una juerga interminable. Pero se secaron los calcetines y fumaron sus pipas vespertinas con el mismo gusto que en su visita anterior, aunque uno o dos espíritus audaces especularon sobre la deserción y la posibilidad de cruzar las inexploradas Rocosas hacia el este, y desde allí, por el valle del Mackenzie, alcanzar sus antiguos terrenos en el país de los Chippewyan. Dos o tres incluso decidieron regresar a sus hogares por esa ruta cuando expiraran sus plazos de servicio, y comenzaron a trazar planes de inmediato, anhelando la peligrosa empresa de la misma manera que un hombre criado en la ciudad anhela un día de fiesta en el bosque.

Aquel el de las Pielas de Nutria parecía muy inquieto, aunque mostró poco interés en la discusión, y al final llevó a Malemute Kid a un lado y habló durante un rato en voz baja. Prince lanzó miradas curiosas en su dirección, y el misterio se profundizó cuando se pusieron gorros y mitones, y

salieron. Cuando regresaron, Malemute Kid colocó su balanza de oro sobre la mesa, pesó unas sesenta onzas y las transfirió al saco del Desconocido. Luego, el jefe de los conductores de perros se unió al cónclave, y se cerraron ciertos negocios con él. Al día siguiente, la cuadrilla siguió río arriba, pero Aquel el de las Pielas de Nutria tomó varias libras de provisiones y volvió sus pasos hacia Dawson.

—No sabía qué pensar —dijo Malemute Kid en respuesta a las preguntas de Prince—; pero el pobre diablo quería librarse del servicio por alguna razón u otra; al menos, le parecía de suma importancia, aunque no quiso revelar cuál. Verás, es como en el ejército; firmó por dos años, y la única forma de quedar libre era comprando su libertad. No podía desertar y quedarse aquí, y estaba loco por permanecer en el país. Se decidió cuando llegó a Dawson, dijo; pero nadie lo conocía, no tenía un céntimo, y yo era el único con quien había cruzado dos palabras. Así que lo habló con el Teniente Gobernador, e hizo arreglos por si podía conseguir el dinero de mí... un préstamo, ya sabes. Dijo que lo devolvería en un año, y que si yo quería, me pondría sobre la pista de algo valioso. Nunca lo había visto, pero sabía que era valioso.

»¡Y vaya si habló! Cuando me sacó fuera estaba a punto de llorar. Rogó y suplicó; se arrodilló en la nieve ante mí hasta que lo levanté. Parloteó como un loco. Juró que había trabajado para este mismo fin durante años y años, y que no podía soportar una decepción ahora. Le pregunté para qué fin, pero no quiso decirlo. Dijo que podrían mantenerlo en la otra mitad de la ruta y que no llegaría a Dawson en dos años, y para entonces sería demasiado tarde. Nunca en mi vida vi a un hombre afligirse tanto. Y cuando le dije que se lo prestaría, tuve que levantarlo de la nieve otra vez. Le dije que lo considerara como un préstamo para el avituallamiento. ¿Crees que lo aceptó? ¡No, señor! Juró que me daría todo lo que encontrara, que me haría rico más allá de los sueños de la avaricia, y todo ese tipo de cosas. Ahora, un hombre que arriesga su vida y su tiempo a cambio de avituallamiento normalmente ya lo pasa bastante mal para entregar la mitad de lo que encuentra. Hay algo detrás de todo esto, Prince; toma nota. Sabremos de él si se queda en el país...

—¿Y si no?

—Entonces mi buena fe se llevará un chasco, y yo perderé unas sesenta y tantas onzas.

El tiempo frío había llegado con las noches largas, y el sol había comenzado a jugar su antiguo juego del escondite a lo largo de la línea de nieve del sur antes de que se supiera algo del préstamo de Malemute Kid. Y entonces, una desapacible mañana de principios de enero, un tiro de perros pesadamente cargado llegó a su cabaña bajo el río Stuart. Aquel el de las Piel de Nutria estaba allí, y con él caminaba un hombre como los que los dioses casi han olvidado cómo moldear. Los hombres nunca hablaban de suerte y coraje y de tierra de quinientos dólares sin mencionar el nombre de Axel Gunderson; ni podían las historias de temple, fuerza o audacia circular junto a la hoguera sin convocar su presencia. Y cuando la conversación decaía, se reavivaba al mencionar a la mujer que compartía su fortuna.

Como se ha señalado, al crear a Axel Gunderson los dioses habían recordado su antigua astucia, y lo habían moldeado a la manera de los hombres que nacieron cuando el mundo era joven. Se erguía siete pies completos en su pintoresco atuendo que lo distinguía como un rey de Eldorado. Su pecho, cuello y extremidades eran los de un gigante. Para soportar sus trescientas libras de hueso y músculo, sus raquetas de nieve eran más grandes en una generosa yarda que las de otros hombres. De rasgos toscos, con una frente robusta y una mandíbula maciza y ojos inquebrantables del azul más pálido, su rostro contaba la historia de alguien que solo conocía la ley del más fuerte. Del amarillo de la seda de maíz maduro, su cabello incrustado de escarcha barría como el día a través de la noche, y caía largo por su abrigo de piel de oso. Una vaga tradición del mar parecía adherirse a él, mientras avanzaba por la estrecha senda delante de los perros; y golpeó la puerta de Malemute Kid con la culata de su látigo como un corsario nórdico, en una incursión sureña, podría tronar pidiendo admisión a las puertas de un castillo. Prince desnudó sus brazos de mujer y amasó pan de masa madre, lanzando, mientras lo hacía, muchas miradas a los tres invitados; tres invitados como los que un hombre podría no volver a tener bajo su techo en toda una vida. El Desconocido, a quien Malemute Kid había apodado Ulises, todavía lo fascinaba; pero su interés gravitaba principalmente entre Axel Gunderson

y la esposa de Axel Gunderson. Ella sentía el viaje del día, pues se había ablandado en cómodas cabañas durante los muchos días desde que su esposo dominó la riqueza de los filones helados, y estaba cansada. Se apoyaba contra el gran pecho de él como una flor esbelta contra un muro, respondiendo perezosamente a las bromas afables de Malemute Kid, y agitando extrañamente la sangre de Prince con una ocasional mirada de sus profundos ojos oscuros. Pues Prince era un hombre, y sano, y había visto pocas mujeres en muchos meses. Y ella era mayor que él, y además india. Pero era diferente de todas las esposas nativas que había conocido: había viajado — había estado en su país, entre otros, dedujo por la conversación —; y sabía la mayoría de las cosas que las mujeres de su propia raza sabían, y mucho más que no estaba en la naturaleza de las cosas que ellas supieran. Podía preparar una comida de pescado secado al sol o una cama en la nieve; sin embargo, los tentaba con detalles seductores de cenas de muchos platos, y provocaba extrañas disensiones internas al mencionar varios platos de antaño que casi habían olvidado. Conocía las costumbres del alce, el oso y el pequeño zorro azul, y de los anfibios salvajes de los mares del Norte; era experta en la sabiduría de los bosques y los arroyos, y el relato escrito por el hombre, el pájaro y la bestia sobre la delicada costra de nieve era para ella un libro abierto; sin embargo, Prince captó el brillo apreciativo en sus ojos mientras leía las Reglas del Campamento. Estas reglas habían sido concebidas por el Inextinguible Bettles en una época en que su sangre bullía, y eran notables por la concisa simplicidad de su humor. Prince siempre las volvía hacia la pared antes de la llegada de damas; pero ¿quién podría sospechar que esta esposa nativa... Bueno, ya era demasiado tarde.

Esta, pues, era la esposa de Axel Gunderson, una mujer cuyo nombre y fama habían viajado con los de su marido, de la mano, por todas las Tierras del Norte. En la mesa, Malemute Kid la provocaba con la seguridad de un viejo amigo, y Prince se sacudió la timidez del primer encuentro y se unió. Pero ella se defendió bien en la desigual contienda, mientras que su marido, más lento de ingenio, no aventuraba más que aplausos. Y estaba muy orgulloso de ella; cada una de sus miradas y acciones revelaba la magnitud del lugar que ocupaba en su vida. Aquel el de las Pieles de Nutria comía en silencio, olvidado en la alegre batalla; y mucho antes de que los demás terminaran, se apartó de la mesa y salió con los perros. Sin embargo, demasiado pronto sus compañeros de viaje se pusieron los mitones y las parkas, y lo siguieron.

No había nevado en muchos días, y los trineos se deslizaban por la senda compacta del Yukón con tanta facilidad como si fuera hielo puro. Ulises guiaba el primer trineo; con el segundo venían Prince y la esposa de Axel Gunderson; mientras que Malemute Kid y el gigante de cabello rubio cerraban la marcha con el tercero.

—Es solo una corazonada, Kid —dijo él—; pero creo que es buena. Nunca ha estado allí, pero cuenta una buena historia, y muestra un mapa del que oí hablar cuando estuve en el país de Kootenay, hace años. Me gustaría que vinieras; pero es un tipo extraño, y juró en redondo abandonarlo todo si se traía a alguien más. Pero cuando vuelva, serás el primero en saberlo, y te daré un terreno junto al mío, y además la mitad de la participación en el solar del pueblo.

»¡No! ¡no! —gritó, mientras el otro intentaba interrumpir—. Yo dirijo esto, y antes de que termine harán falta dos cabezas. Si todo va bien, será un segundo Cripple Creek, hombre; ¿me oyes? ¡Un segundo Cripple Creek! Es cuarzo, ya sabes, no placer; y si lo manejamos bien nos quedaremos con todo, millones y millones. He oído hablar del lugar antes, y tú también. Construiremos una ciudad —miles de obreros—, buenas vías fluviales —líneas de barcos de vapor—, gran comercio de transporte —vapores de poco calado para los tramos altos—, quizás proyectemos un ferrocarril —aserraderos—, planta de luz eléctrica —nuestro propio banco—, compañía comercial —sindicato—. ¡Oye! ¡Tú cállate hasta que yo vuelva!

Los trineos se detuvieron donde la senda cruzaba la desembocadura del río Stuart. Un mar ininterrumpido de escarcha, su vasta extensión se perdía en el este desconocido. Sacaron las raquetas de nieve de las amarras de los trineos. Axel Gunderson estrechó la mano y se adelantó, sus grandes raquetas palmeadas hundiéndose un buen medio metro en la superficie plumosa y compactando la nieve para que los perros no se revolcaran. Su esposa se colocó detrás del último trineo, revelando una larga práctica en el arte de manejar el torpe calzado. El silencio se rompió con alegres despedidas; los perros gimotearon; y Aquel el de las Pieles de Nutria habló con su látigo a un perro de rueda recalcitrante.

Una hora después, la caravana había adquirido la semejanza de un lápiz negro que se arrastraba en una larga línea recta a través de una inmensa hoja de papel.

Una noche, muchas semanas después, Malemute Kid y Prince se pusieron a resolver problemas de ajedrez de la página arrancada de una vieja revista. ¹ El Kid acababa de regresar de sus propiedades en Bonanza, y descansaba preparándose para una larga caza de alces. Prince también había estado en arroyos y sendas casi todo el invierno, y ansiaba una feliz semana de vida en la cabaña.

—Interpón el caballo negro, y fuerza al rey. No, eso no sirve. Mira, el siguiente movimiento...

—¿Por qué avanzar el peón dos casillas? Está obligado a tomarlo al paso, y con el alfil fuera del camino...

—¡Pero espera! Eso deja un hueco, y...

—No; está protegido. ¡Adelante! Verás que funciona.

Era muy interesante. Alguien llamó a la puerta por segunda vez antes de que Malemute Kid dijera: "Entre". La puerta se abrió. Algo entró tambaleándose. Prince lo vio de lleno y se puso de pie de un salto. El horror en sus ojos hizo que Malemute Kid se diera la vuelta; y él también se sobresaltó, aunque había visto cosas malas antes. Aquello se tambaleó ciegamente hacia ellos. Prince se apartó hasta que alcanzó el clavo del que colgaba su Smith & Wesson.

—¡Dios mío! ¿Qué es? —susurró a Malemute Kid.

—No lo sé. Parece un caso de congelación y falta de comida —replicó el Kid, apartándose en la dirección opuesta—. ¡Cuidado! Podría estar loco —advirtió, volviendo de cerrar la puerta.

Aquello avanzó hacia la mesa. La brillante llama de la lámpara de sebo atrajo su atención. Le divirtió, y emitió unas risas espeluznantes que denotaban alegría. Entonces, de repente, él —pues era un hombre— se tambaleó hacia atrás, ajustándose los pantalones de piel, y comenzó a cantar una saloma, como las que entonan los hombres cuando giran en torno al cabrestante y el mar resopla en sus oídos:

—¡Hala! ¡mis valientes! ¡Hala!

¿Queréis saber quién manda en la nave?

¡Hala! ¡mis valientes! ¡Hala!

Jon-a-than Jones de Ca-ro-li-na del Sur,

¡Hala! mis valientes...

Se interrumpió bruscamente, se tambaleó con un gruñido lobuno hacia el estante de la carne, y antes de que pudieran interceptarlo, estaba desgarrando con los dientes un trozo de tocino crudo. La lucha fue feroz entre él y Malemute Kid; pero su fuerza de loco lo abandonó tan repentinamente como había llegado, y entregó débilmente el botín. Entre los dos lo sentaron en un taburete, donde se desparramó con medio cuerpo sobre la mesa. Una pequeña dosis de whisky lo fortaleció, de modo que pudo meter una cuchara en el azucarero que Malemute Kid le puso delante. Después de que su apetito se hubiera saciado un poco, Prince, estremeciéndose al hacerlo, le pasó una taza de caldo de carne flojo.

Los ojos de la criatura estaban encendidos con un sombrío frenesí, que ardía y menguaba con cada bocado. Había muy poca piel en la cara. El rostro, de hecho, hundido y demacrado, guardaba muy poca semejanza con un semblante humano. Congelación tras congelación había mordido profundamente, cada una depositando su estrato de costra sobre la cicatriz a medio curar anterior. Esta superficie seca y dura era de un color negro sanguinolento, aserrada por grietas dolorosas en las que asomaba la carne roja y viva. Sus ropas de piel estaban sucias y hechas jirones, y la piel de un lado estaba chamuscada y quemada, mostrando dónde se había tumbado sobre el fuego.

Malemute Kid señaló donde el cuero curtido al sol había sido cortado, tira a tira, la sombría firma del hambre.

—¿Quién —eres— tú? —enunció lenta y distintamente el Kid.

El hombre no prestó atención.

—¿De dónde vienes?

—Barco yan-qui baja por el rí-í-o —fue la respuesta trémula.

—No dudo que el tipo bajara por el río —dijo el Kid, sacudiéndolo en un intento de iniciar un flujo de conversación más lúcido.

Pero el hombre gritó al contacto, llevándose una mano al costado con evidente dolor. Se levantó lentamente, medio apoyado en la mesa.

—Ella se rio de mí — así— con el odio en sus ojos; y ella —no— quiso —venir.

Su voz se apagó, y estaba a punto de desplomarse cuando Malemute Kid lo agarró por la muñeca y gritó:

—¿Quién? ¿Quién no quiso venir?

—Ella, Unga. Se rio, y me golpeó, así, y así. Y luego...

—¿Sí?

—Y luego...

—¿Y luego qué?

—Y luego él yació muy quieto, en la nieve, mucho tiempo. Él —todavía está— en —la —nieve.

Los dos hombres se miraron impotentes.

—¿Quién está en la nieve?

—Ella, Unga. Me miró con el odio en sus ojos, y luego...

—Sí, sí.

—Y luego tomó el cuchillo, así; y una vez, dos veces... estaba débil. Yo viajaba muy lento. Y hay mucho oro en ese lugar, mucho oro.

—¿Dónde está Unga? —Por lo que Malemute Kid sabía, podría estar muriendo a una milla de distancia. Sacudió al hombre salvajemente, repitiendo una y otra vez—: ¿Dónde está Unga? ¿Quién es Unga?

—Ella —está— en —la —nieve.

—¡Sigue! —El Kid le apretaba la muñeca cruelmente.

—Entonces —yo— estaría— en —la —nieve —pero— yo— tenía— una —deuda— que —pagar. Era— pesada— tenía— una —deuda— que —pagar— una —deuda— que —pagar— tenía... —Los monosílabos vacilantes cesaron, mientras rebuscaba en su bolsa y sacaba un saco de piel de ante—. Una —deuda— que —pagar— cinco —libras— de —oro— avituallamiento— Mal-e-mute —Kid— yo... —La cabeza exhausta cayó sobre la mesa; ni Malemute Kid pudo despertarla de nuevo.

—Es Ulises —dijo en voz baja, arrojando la bolsa de polvo de oro sobre la mesa—. Supongo que todo ha terminado para Axel Gunderson y la mujer. Vamos, metámoslo entre las mantas. Es indio; saldrá adelante, y además contará una historia.

Mientras le cortaban las ropas, cerca de su pecho derecho se podían ver dos puñaladas sin cicatrizar, de labios duros.

—Hablaré de las cosas que fueron, a mi manera; pero lo entenderéis. Empezaré por el principio, y hablaré de mí y de la mujer, y, después de eso, del hombre.

Aquel el de las Pielas de Nutria se acercó a la estufa como hacen los hombres que han sido privados del fuego y temen que el don prometeico pueda desvanecerse en cualquier momento. Malemute Kid avivó la lámpara de sebo y la colocó de modo que su luz cayera sobre el rostro del narrador. Prince deslizó su cuerpo sobre el borde de la litera y se unió a ellos.

—Soy Naass, un jefe, e hijo de un jefe, nacido entre una puesta de sol y un amanecer, en los mares oscuros, en el oomiak de mi padre. Durante toda una noche los hombres trabajaron en los remos, y las mujeres achicaron las olas que se abatían sobre nosotros, y luchamos contra la tormenta. El rocío salado se congeló sobre el pecho de mi madre hasta que su aliento se fue con la marea. Pero yo —yo alcé mi voz con el viento y la tormenta, y viví.

»Vivíamos en Akatan...

—¿Dónde? —preguntó Malemute Kid.

—Akatan, que está en las Aleutianas; Akatan, más allá de Chignik, más allá de Kardalak, más allá de Unimak. Como digo, vivíamos en Akatan, que yace en medio del mar en el borde del mundo. Cultivábamos los mares salados por el pescado, la foca y la nutria; y nuestras casas se apiñaban unas junto a otras en la franja rocosa entre el borde del bosque y la playa amarilla donde yacían nuestros kayaks. No éramos muchos, y el mundo era muy pequeño. Había tierras extrañas al este —islas como Akatan—; así que pensábamos que todo el mundo eran islas, y no nos importaba.

»Yo era diferente de mi gente. En las arenas de la playa había maderas torcidas y tablones alabeados por las olas de un barco como mi gente nunca construyó; y recuerdo que en la punta de la isla que dominaba el océano en tres direcciones había un pino que nunca creció allí, liso, recto y alto. Se dice que dos hombres acudían a ese lugar, por turnos, durante muchos días, y observaban con el paso de la luz. Esos dos hombres vinieron del mar en el barco que yacía en pedazos en la playa. Y eran blancos como vosotros, y débiles como los niños pequeños cuando las focas se han ido y los cazadores vuelven con las manos vacías. Sé de estas cosas por los ancianos y las ancianas, que las supieron de sus padres y madres antes que ellos. Estos extraños hombres blancos no se adaptaron bien a nuestras costumbres al principio, pero se hicieron fuertes, a fuerza de pescado y aceite, y feroces. Y se construyeron cada uno su propia casa, y tomaron a las mejores de nuestras mujeres, y con el tiempo llegaron los hijos. Así nació quien sería el padre del padre de mi padre.

»Como dije, yo era diferente de mi gente, pues llevaba la sangre fuerte y extraña de este hombre blanco que vino del mar. Se dice que teníamos otras leyes en los días anteriores a estos hombres; pero ellos eran feroces y pendencieros, y lucharon con nuestros hombres hasta que no quedaron más que se atrevieran a luchar. Entonces se hicieron jefes, y nos quitaron nuestras viejas leyes y nos dieron otras nuevas, de tal manera que el hombre era hijo de su padre, y no de su madre, como había sido nuestra costumbre. También dictaminaron que el hijo, primogénito, tendría todas las cosas que fueron de su padre antes que él, y que los hermanos y hermanas se las arreglarían por sí mismos. Y nos dieron otras leyes. Nos enseñaron nuevas formas de pescar y de matar al oso, que abundaba en los bosques; y nos enseñaron a almacenar mayores provisiones para el tiempo de hambruna. Y estas cosas fueron buenas.

»Pero cuando se convirtieron en jefes, y ya no había hombres que enfrentaran su ira, lucharon, estos extraños hombres blancos, el uno contra el otro. Y aquel cuya sangre llevo atravesó el cuerpo del otro con su arpón de foca a lo largo de un brazo. Sus hijos continuaron la lucha, y los hijos de sus hijos; y hubo un gran odio entre ellos, y negras acciones, hasta mi tiempo, de modo que en cada familia solo uno vivió para transmitir la sangre de los que le precedieron. De mi sangre, yo estaba solo; de la del otro hombre solo había una muchacha, Unga, que vivía con su madre. Su padre y mi padre no

volvieron de la pesca una noche; pero después las grandes mareas los arrastraron a la playa, y se abrazaban muy fuerte.

»La gente se maravillaba, por el odio entre las casas, y los ancianos sacudían la cabeza y decían que la lucha continuaría cuando a ella le nacieran hijos y a mí me nacieran hijos. Me dijeron esto de niño, hasta que llegué a creerlo, y a mirar a Unga como una enemiga, que sería la madre de hijos que lucharían con los míos. Pensaba en estas cosas día a día, y cuando me convertí en un jovenzuelo llegué a preguntar por qué debía ser así. Y respondieron: "No lo sabemos, pero así lo hicieron vuestros padres". Y me maravillé de que los que estaban por venir tuvieran que librar las batallas de los que se habían ido, y en ello no veía ningún derecho. Pero la gente decía que debía ser así, y yo era solo un jovenzuelo.

»Y decían que debía darme prisa, para que mi sangre fuera la más antigua y se hiciera fuerte antes que la de ella. Esto era fácil, pues yo era el jefe, y la gente me respetaba por las hazañas y las leyes de mis padres, y la riqueza que era mía. Cualquier doncella vendría a mí, pero no encontré ninguna de mi agrado. Y los ancianos y las madres de las doncellas me decían que me diera prisa, pues ya entonces los cazadores pujaban alto a la madre de Unga; y si los hijos de ella crecían fuertes antes que los míos, los míos seguramente morirían.

»Ni encontré doncella hasta una noche, volviendo de la pesca. La luz del sol caía, así, baja y de lleno en los ojos, el viento libre, y los kayaks compitiendo con los mares blancos. De repente, el kayak de Unga pasó junto a mí, y ella me miró, así, con su cabello negro volando como una nube de noche y el rocío mojado en su mejilla. Como digo, la luz del sol estaba de lleno en los ojos, y yo era un jovenzuelo; pero de alguna manera todo fue claro, y supe que era la llamada de la estirpe a la estirpe. Mientras se adelantaba velozmente, miró hacia atrás en el espacio de dos paladas — miró como solo la mujer Unga podía mirar— y de nuevo supe que era la llamada de la estirpe. La gente gritaba mientras pasábamos veloces junto a los perezosos oomiaks y los dejábamos muy atrás. Pero ella era rápida con el remo, y mi corazón era como el vientre de una vela, y no la alcancé. El viento arreció, el mar emblanqueció, y, saltando como las focas en la rompiente de barlovento, rugimos por el dorado sendero del sol.

Naass estaba medio agazapado fuera de su taburete, en la actitud de alguien que maneja un remo, mientras revivía la carrera. En algún lugar al otro lado de la estufa contemplaba el kayak danzante y el cabello flotante de Unga. La voz del viento estaba en sus oídos, y su golpe salado era fresco en sus fosas nasales.

»Pero ella llegó a la orilla, y corrió por la arena, riendo, hacia la casa de su madre. Y un gran pensamiento me vino esa noche, un pensamiento digno de aquel que era jefe sobre toda la gente de Akatan. Así que, cuando la luna estaba alta, fui a la casa de su madre, y miré los bienes de Yash-Noosh, que estaban apilados junto a la puerta; los bienes de Yash-Noosh, un cazador fuerte que tenía en mente ser el padre de los hijos de Unga. Otros jóvenes habían apilado sus bienes allí, y los habían retirado de nuevo; y cada joven había hecho una pila mayor que la anterior.

»Y me reí a la luna y a las estrellas, y fui a mi propia casa donde se guardaba mi riqueza. Y muchos viajes hice, hasta que mi pila fue mayor por los dedos de una mano que la pila de Yash-Noosh. Había pescado, secado al sol y ahumado; y cuarenta pieles de foca de pelo, y la mitad de foca de piel, y cada piel estaba atada por la boca y barriguda de aceite; y diez pieles de oso que maté en los bosques cuando salieron en primavera. Y había cuentas y mantas y telas escarlatas, como las que obtenía en trueque de la gente que vivía al este, y que las obtenían en trueque de la gente que vivía aún más al este. Y miré la pila de Yash-Noosh y me reí; pues yo era el jefe en Akatan, y mi riqueza era mayor que la riqueza de todos mis jóvenes, y mis padres habían hecho hazañas, y dado leyes, y puesto sus nombres para siempre en boca del pueblo.

»Así, cuando llegó la mañana, bajé a la playa, mirando de reojo la casa de la madre de Unga. Mi oferta seguía intacta. Y las mujeres sonreían, y se decían cosas taimadas unas a otras. Me extrañé, pues nunca se había ofrecido tal precio; y esa noche añadí más a la pila, y puse a su lado un kayak de pieles bien curtidas que nunca había navegado en el mar. Pero al día siguiente todavía estaba allí, expuesto a la risa de todos los hombres. La madre de Unga era astuta, y me enojé por la vergüenza en la que me encontraba ante mi gente. Así que esa noche añadí hasta que se convirtió en una gran pila, y arrastré mi oomiak , que tenía el valor de veinte kayaks. Y por la mañana no había pila.

»Entonces hice los preparativos para la boda, y la gente que vivía incluso al este vino por la comida del festejo y el potlach simbólico. Unga era mayor que yo por la edad de cuatro soles en la forma en que contábamos los años. Yo era solo un jovenzuelo; pero entonces era un jefe, e hijo de un jefe, y no importaba.

»Pero un barco asomó sus velas sobre el suelo del océano, y creció con el aliento del viento. Por sus imbornales corría agua clara, y los hombres tenían prisa y trabajaban duro en las bombas. En la proa estaba un hombre poderoso, observando la profundidad del agua y dando órdenes con voz de trueno. Sus ojos eran del azul pálido de las aguas profundas, y su cabeza tenía una melena como la de un león marino. Y su cabello era amarillo, como la paja de una cosecha sureña o las hilas de cabo de Manila que trenzan los marineros.

»En los últimos años habíamos visto barcos de lejos, pero este era el primero en llegar a la playa de Akatan. El festejo se interrumpió, y las mujeres y los niños huyeron a las casas, mientras nosotros, los hombres, teníamos nuestros arcos y esperamos con las lanzas en la mano. Pero cuando la roda del barco olió la playa, los hombres extraños no nos hicieron caso, ocupados en su propio trabajo. Con la bajamar tumbaron la goleta y repararon un gran agujero en su fondo. Así que las mujeres regresaron sigilosamente, y el festejo continuó.

»Cuando subió la marea, los errantes del mar anclaron la goleta en aguas profundas, y luego vinieron entre nosotros. Traían presentes y eran amistosos; así que les hice sitio, y por la grandeza de mi corazón les di símbolos como los que daba a todos los invitados; pues era el día de mi boda, y yo era el jefe en Akatan. Y aquel con la melena de león marino estaba allí, tan alto y fuerte que uno esperaba ver temblar la tierra con la caída de sus pies. Miró mucho y fijamente a Unga, con los brazos cruzados, así, y se quedó hasta que el sol se fue y salieron las estrellas. Luego bajó a su barco. Después de eso, tomé a Unga de la mano y la llevé a mi propia casa. Y hubo cantos y grandes risas, y las mujeres decían cosas taimadas, a la manera de las mujeres en tales ocasiones. Pero no nos importó. Entonces la gente nos dejó solos y se fue a casa.

»El último ruido no se había apagado, cuando el jefe de los errantes del mar entró por la puerta. Y traía consigo botellas negras, de las que bebimos

y nos alegramos. Veréis, yo era solo un jovenzuelo, y había vivido todos mis días en el borde del mundo. Así que mi sangre se volvió como fuego, y mi corazón tan ligero como la espuma que vuela del oleaje al acantilado. Unga se sentó en silencio entre las pieles en el rincón, con los ojos muy abiertos, pues parecía temer. Y aquel con la melena de león marino la miró fija y largamente. Entonces entraron sus hombres con fardos de mercancías, y amontonó ante mí una riqueza como no había en todo Akatan. Había armas, grandes y pequeñas, y pólvora y perdigones y cartuchos, y hachas brillantes y cuchillos de acero, y herramientas ingeniosas, y cosas extrañas como nunca había visto. Cuando me mostró por señas que todo era mío, pensé que era un gran hombre por ser tan generoso; pero, me mostró también que Unga debía irse con él en su barco. ¿Entendéis? Que Unga debía irse con él en su barco. La sangre de mis padres ardió en mi interior de repente, e intenté atravesarlo con mi lanza. Pero el espíritu de las botellas me había robado la vida del brazo, y me tomó por el cuello, así, y golpeó mi cabeza contra la pared de la casa. Y me quedé débil como un recién nacido, y mis piernas ya no me sostenían. Unga gritó, y se aferró a las cosas de la casa con sus manos, hasta que cayeron todas a nuestro alrededor mientras él la arrastraba hacia la puerta. Entonces la tomó en sus grandes brazos, y cuando ella le desgarró el pelo amarillo, se rio con un sonido como el del gran toro de foca en celo.

»Me arrastré hasta la playa y llamé a mi gente; pero tenían miedo. Solo Yash-Noosh fue un hombre, y lo golpearon en la cabeza con un remo, hasta que yació con la cara en la arena y no se movió. Y levaron las velas al son de sus canciones, y el barco se alejó con el viento.

»La gente dijo que era bueno, pues no habría más guerra de sangres en Akatan; pero yo no dije ni una palabra, esperando hasta el tiempo de la luna llena, cuando puse pescado y aceite en mi kayak, y me fui hacia el este. Vi muchas islas y mucha gente, y yo, que había vivido en el borde, vi que el mundo era muy grande. Hablaba por señas; pero no habían visto una goleta ni a un hombre con melena de león marino, y siempre señalaban hacia el este. Y dormí en lugares extraños, y comí cosas raras, y conocí rostros extraños. Muchos se reían, pues me creían de poco juicio; pero a veces los ancianos me volvían el rostro hacia la luz y me bendecían, y los ojos de las jóvenes se ablandaban mientras me preguntaban por el extraño barco, y por Unga, y por los hombres del mar.

»Y de esta manera, a través de mares bravos y grandes tormentas, llegué a Unalaska. Había dos goletas allí, pero ninguna era la que buscaba. Así que seguí hacia el este, con el mundo haciéndose cada vez más grande, y en la isla de Unamok no había noticia del barco, ni en Kadiak, ni en Atognak. Y así llegué un día a una tierra rocosa, donde los hombres cavaban grandes agujeros en la montaña. Y había una goleta, pero no mi goleta, y los hombres cargaban en ella las rocas que cavaban. Esto me pareció pueril, pues todo el mundo estaba hecho de rocas; pero me dieron comida y me pusieron a trabajar. Cuando la goleta estuvo hundida en el agua, el capitán me dio dinero y me dijo que me fuera; pero le pregunté hacia dónde iba, y señaló al sur. Hice señas de que iría con él; y al principio se rio, pero luego, falto de hombres, me llevó para ayudar a manejar el barco. Así llegué a hablar a su manera, y a halar de cabos, y a tomar rizados a las velas rígidas en chubascos repentinos, y a tomar mi turno en el timón. Pero no era extraño, pues la sangre de mis padres era la sangre de los hombres de mar.

»Había pensado que sería tarea fácil encontrar al que buscaba, una vez que estuviera entre su propia gente; y cuando avistamos tierra un día, y pasamos por una puerta del mar hacia un puerto, esperaba ver tantas goletas como dedos tenía en las manos. Pero los barcos yacían contra los muelles por millas, apretados como tantos pececillos; y cuando fui entre ellos a preguntar por un hombre con melena de león marino, se rieron y me respondieron en las lenguas de muchos pueblos. Y descubrí que provenían de los confines más remotos de la tierra.

»Y fui a la ciudad a mirar el rostro de cada hombre. Pero eran como el bacalao cuando corre espeso en los bancos, y no pude contarlos. Y el ruido me golpeó hasta que no pude oír, y mi cabeza estaba mareada de tanto movimiento. Así que seguí y seguí, a través de las tierras que cantaban bajo el cálido sol; donde las cosechas yacían ricas en las llanuras; y donde grandes ciudades estaban gordas de hombres que vivían como mujeres, con palabras falsas en sus bocas y sus corazones negros por la lujuria del oro. Y mientras tanto, mi gente de Akatan cazaba y pescaba, y era feliz en el pensamiento de que el mundo era pequeño.

»Pero la mirada en los ojos de Unga volviendo a casa de la pesca estaba siempre conmigo, y supe que la encontraría cuando llegara el momento. Caminaba por senderos tranquilos en el crepúsculo de la tarde, o me guiaba en persecuciones a través de los campos espesos húmedos por el rocío de la

mañana, y había una promesa en sus ojos como solo la mujer Unga podía dar.

»Así que vagué por mil ciudades. Algunas fueron amables y me dieron comida, y otras se rieron, y otras maldijeron; pero mantuve la lengua entre los dientes, y fui por caminos extraños y vi vistas extrañas. A veces, yo, que era un jefe e hijo de un jefe, trabajaba para hombres —hombres de habla ruda y duros como el hierro, que arrancaban oro del sudor y el dolor de sus semejantes—. Sin embargo, no obtuve ni una palabra de mi búsqueda, hasta que volví al mar como una foca que regresa a su colonia. Pero esto fue en otro puerto, en otro país que yacía al norte. Y allí oí vagos relatos del errante marino de pelo amarillo, y supe que era un cazador de focas, y que incluso entonces estaba en el océano.

»Así que me embarqué en una goleta foquera con los perezosos siwashes, y seguí su rastro sin huellas hacia el norte, donde la caza estaba entonces en su apogeo. Y estuvimos fuera meses agotadores, y hablamos con muchas de las flotas, y oímos mucho de las salvajes hazañas de aquel que buscaba; pero ni una sola vez lo avistamos sobre el mar. Fuimos al norte, incluso a las Pribilof, y matamos a las focas en manadas en la playa, y subimos sus cuerpos calientes a bordo hasta que nuestros imbornales corrían grasa y sangre y ningún hombre podía mantenerse en pie en la cubierta. Entonces fuimos perseguidos por un barco de vapor lento, que nos disparó con grandes cañones. Pero desplegamos las velas hasta que el mar cubrió nuestras cubiertas y las limpió, y nos perdimos en la niebla.

»Se dice, en este tiempo, mientras huíamos con el miedo en nuestros corazones, que el errante marino de pelo amarillo entró en las Pribilof, justo en la factoría, y mientras parte de sus hombres retenía a los sirvientes de la compañía, el resto cargó diez mil pieles verdes de los almacenes de sal. Digo que se dice, pero lo creo; pues en los viajes hechos por la costa sin nunca un encuentro, los mares del norte resonaban con su audacia y arrojo, hasta que las tres naciones que tienen tierras allí lo buscaron con sus barcos. Y oí hablar de Unga, pues los capitanes cantaban alabanzas en su honor, y ella siempre estaba con él. Había aprendido las costumbres de su gente, decían, y era feliz. Pero yo sabía la verdad —sabía que su corazón añoraba a su propia gente junto a la playa amarilla de Akatan.

»Así, después de mucho tiempo, volví al puerto que está junto a una puerta del mar, y allí supe que había cruzado la anchura del gran océano para cazar la foca al este de la tierra cálida que corre al sur desde los mares rusos. Y yo, que me había convertido en marinero, me embarqué con hombres de su propia raza, y fui tras él en la caza de la foca. Y había pocos barcos frente a esa nueva tierra; pero nos aferramos al flanco de la manada de focas y la acosamos hacia el norte durante toda la primavera del año. Y cuando las hembras estaban preñadas y cruzaban la línea rusa, nuestros hombres refunfuñaron y tuvieron miedo. Pues había mucha niebla, y cada día se perdían hombres en los botes. No querían trabajar, así que el capitán viró el barco de vuelta por donde había venido. Pero yo sabía que el errante marino de pelo amarillo no tenía miedo, y se quedaría junto a la manada, incluso hasta las islas rusas, donde pocos hombres van. Así que tomé un bote, en la negrura de la noche, cuando el vigía dormitaba en el castillo de proa, y fui solo a la tierra cálida y larga. Y viajé al sur para encontrarme con los hombres de la bahía de Yeddo, que son salvajes y audaces. Y las chicas de Yoshiwara eran pequeñas, y brillantes como el acero, y agradables de ver; pero no podía detenerme, pues sabía que Unga se mecía en el suelo inestable junto a las colonias del norte.

»Los hombres de la bahía de Yeddo se habían reunido desde los confines de la tierra, y no tenían ni dioses ni hogares, navegando bajo la bandera de los japoneses. Y con ellos fui a las ricas playas de la Isla de Cobre, donde nuestras pilas de sal se hicieron altas con pieles. Y en ese mar silencioso no vimos a ningún hombre hasta que estuvimos listos para partir. Entonces, un día, la niebla se levantó al borde de un fuerte viento, y allí se abalanzó sobre nosotros una goleta, con muy cerca a su estela las chimeneas nubladas de un buque de guerra ruso. Huimos a través del viento, con la goleta acercándose aún más y avanzando tres pies por cada dos nuestros. Y sobre su popa estaba el hombre con la melena de león marino, hundiendo las regalas con el velamen y riendo en su fuerza vital. Y Unga estaba allí —la reconocí al momento—, pero él la envió abajo cuando los cañones comenzaron a hablar a través del mar. Como digo, con tres pies por cada dos nuestros, hasta que vimos el timón levantarse verde a cada salto —y yo aferrado al timón y maldiciendo, de espaldas a los disparos rusos—. Pues sabíamos que tenía en mente pasar por delante de nosotros, para poder escapar mientras a nosotros nos atrapaban. Y nos arrancaron los mástiles hasta que nos arrastramos al

viento como una gaviota herida; pero él continuó sobre el borde del horizonte —él y Unga.

»¿Qué podíamos hacer? Las pieles frescas hablaban por sí mismas. Así que nos llevaron a un puerto ruso, y después de eso a un país solitario, donde nos pusieron a trabajar en las minas para cavar sal. Y algunos murieron, y... y algunos no murieron.

Naass se quitó la manta de los hombros, dejando al descubierto la carne nudosa y retorcida, marcada con las inconfundibles estrías del knut. Prince lo cubrió apresuradamente, pues no era agradable de ver.

»Estuvimos allí un tiempo agotador; y a veces los hombres escapaban hacia el sur, pero siempre volvían. Así que, cuando los que veníamos de la bahía de Yeddo nos levantamos en la noche y tomamos las armas de los guardias, fuimos hacia el norte. Y la tierra era muy grande, con llanuras, empapadas de agua, y grandes bosques. Y llegó el frío, con mucha nieve en el suelo, y ningún hombre conocía el camino. Meses agotadores viajamos a través del bosque interminable —no lo recuerdo ahora, pues había poca comida y a menudo nos tumbábamos a morir—. Pero al fin llegamos al mar frío, y solo quedábamos tres para contemplarlo. Uno se había embarcado en Yeddo como capitán, y conocía en su cabeza la disposición de las grandes tierras, y del lugar donde los hombres pueden cruzar de una a otra sobre el hielo. Y nos guio —no sé, fue hace tanto tiempo— hasta que solo quedamos dos. Cuando llegamos a ese lugar encontramos a cinco de la gente extraña que vive en ese país, y tenían perros y pieles, y nosotros éramos muy pobres. Luchamos en la nieve hasta que murieron, y el capitán murió, y los perros y las pieles fueron míos. Entonces crucé sobre el hielo, que estaba roto, y una vez estuve a la deriva hasta que un vendaval del oeste me arrojó a la orilla. Y después de eso, la bahía de Golovin, Pastilik, y el sacerdote. Luego al sur, al sur, a las cálidas tierras soleadas donde primero vagué.

»Pero el mar ya no era fructífero, y los que iban tras la foca obtenían poco provecho y gran riesgo. Las flotas se dispersaron, y los capitanes y los hombres no tenían noticia de aquellos a quienes buscaba. Así que me alejé del océano que nunca descansa, y fui por las tierras, donde los árboles, las casas y las montañas siempre están en un lugar y no se mueven. Viajé lejos, y llegué a aprender muchas cosas, incluso la forma de leer y escribir de los

libros. Era bueno que hiciera esto, pues se me ocurrió que Unga debía saber estas cosas, y que algún día, cuando llegara el momento... nosotros... ya entendéis, cuando llegara el momento.

»Así que derivé, como esos pececillos que izan una vela al viento, pero no pueden gobernar. Pero mis ojos y mis oídos estaban siempre abiertos, y anduve entre hombres que viajaban mucho, pues sabía que solo tenían que ver a los que buscaba para recordarlos. Al fin llegó un hombre, recién llegado de las montañas, con trozos de roca en los que el oro libre tenía el tamaño de guisantes, y había oído, se había encontrado, los conocía. Eran ricos, dijo, y vivían en el lugar de donde extraían el oro de la tierra.

»Estaba en un país salvaje, y muy lejos; pero con el tiempo llegué al campamento, escondido entre las montañas, donde los hombres trabajaban noche y día, fuera de la vista del sol. Sin embargo, el momento no había llegado. Escuché la conversación de la gente. Se había ido — se habían ido — a Inglaterra, se decía, para reunir a hombres con mucho dinero para formar compañías. Vi la casa en la que habían vivido; más parecida a un palacio, como los que se ven en los países viejos. Por la noche me colé por una ventana para ver de qué manera la trataba. Fui de habitación en habitación, y de tal manera pensé que debían vivir los reyes y las reinas, todo era tan bueno. Y todos decían que la trataba como a una reina, y muchos se maravillaban de qué estirpe de mujer era; pues había otra sangre en sus venas, y era diferente de las mujeres de Akatan, y nadie sabía lo que era. Sí, era una reina; pero yo era un jefe, e hijo de un jefe, y había pagado por ella un precio incalculable de pieles y botes y cuentas.

»¿Pero por qué tantas palabras? Yo era un marinero, y conocía el camino de los barcos en los mares. Los seguí a Inglaterra, y luego a otros países. A veces oía hablar de ellos de boca en boca, a veces leía sobre ellos en los periódicos; sin embargo, ni una sola vez pude dar con ellos, pues tenían mucho dinero y viajaban rápido, mientras que yo era un hombre pobre. Entonces les sobrevinieron problemas, y su riqueza se esfumó, un día, como una voluta de humo. Los periódicos estuvieron llenos de ello en su momento; pero después de eso no se dijo nada, y supe que habían vuelto a donde se podía sacar más oro de la tierra.

»Habían desaparecido del mundo, siendo ahora pobres; y así vagué de campamento en campamento, incluso al norte hasta el país de Kootenay,

donde encontré el rastro frío. Habían venido y se habían ido, algunos decían por este camino, y otros por aquel, y otros más que se habían ido al País del Yukón. Y fui por este camino, y fui por aquel, siempre viajando de un lugar a otro, hasta que pareció que debía cansarme del mundo que era tan grande. Pero en Kootenay recorrí una mala senda, y una larga senda, con un mestizo del Noroeste, que decidió morir cuando el hambre apretó. Había estado en el Yukón por un camino desconocido sobre las montañas, y cuando supo que su hora estaba cerca me dio el mapa y el secreto de un lugar donde juró por sus dioses que había mucho oro.

»Después de eso, todo el mundo comenzó a acudir en masa al norte. Yo era un hombre pobre; me vendí para ser conductor de perros. El resto ya lo sabéis. Lo encontré a él y a ella en Dawson. Ella no me reconoció, pues yo era solo un jovencuelo, y su vida había sido grande, así que no tuvo tiempo de recordar a aquel que había pagado por ella un precio incalculable.

»¿Y bien? Me compraste mi libertad del servicio. Regresé para arreglar las cosas a mi manera; pues había esperado mucho, y ahora que tenía mi mano sobre él no tenía prisa. Como digo, tenía en mente hacerlo a mi manera; pues repasé mi vida, todo lo que había visto y sufrido, y recordé el frío y el hambre del bosque interminable junto a los mares rusos. Como sabéis, lo llevé al este — a él y a Unga —, al este donde muchos han ido y pocos han vuelto. Los llevé al lugar donde los huesos y las maldiciones de los hombres yacen con el oro que no pueden tener.

»El camino era largo y la senda sin abrir. Nuestros perros eran muchos y comían mucho; ni nuestros trineos podían cargar hasta el deshielo de la primavera. Debíamos volver antes de que el río corriera libre. Así que aquí y allá escondimos provisiones, para que nuestros trineos se aligeraran y no hubiera posibilidad de hambruna en el viaje de vuelta. En el McQuestion había tres hombres, y cerca de ellos construimos un escondite, como también hicimos en el Mayo, donde había un campamento de caza de una docena de pellys que habían cruzado la divisoria desde el sur. Después de eso, mientras nos adentrábamos en el este, no vimos a ningún hombre; solo el río durmiente, el bosque inmóvil y el Silencio Blanco del Norte. Como digo, el camino era largo y la senda sin abrir. A veces, en un día de trabajo, no hacíamos más de ocho o diez millas, y por la noche dormíamos como muertos. Y ni una sola vez soñaron que yo era Naass, jefe de Akatan, el enderezador de entuertos.

»Ahora hacíamos escondites más pequeños, y por la noche era poca cosa volver sobre la senda que habíamos abierto, y cambiarlos de tal manera que uno podría creer que los glotones eran los ladrones. Además, hay lugares donde hay una caída en el río, y el agua es ingobernable, y el hielo se forma por encima y es carcomido por debajo. En un lugar así, el trineo que yo conducía se rompió, y los perros; y para él y Unga fue mala suerte, pero nada más. Y había muchas provisiones en ese trineo, y los perros más fuertes. Pero él se rio, pues era fuerte de vida, y dio a los perros que quedaban poca comida hasta que los cortamos de los arneses, uno por uno, y los dimos de comer a sus compañeros. Volveríamos a casa ligeros, dijo, viajando y comiendo de escondite en escondite, sin perros ni trineos; lo cual era cierto, pues nuestras provisiones eran muy escasas, y el último perro murió en las tiras la noche que llegamos al oro y a los huesos y a las maldiciones de los hombres.

»Para llegar a ese lugar —y el mapa decía la verdad—, en el corazón de las grandes montañas, tallamos escalones de hielo en la pared de una divisoria. Uno esperaba un valle más allá, pero no había valle; la nieve se extendía, llana como las grandes llanuras de cosecha, y aquí y allá a nuestro alrededor poderosas montañas asomaban sus cabezas blancas entre las estrellas. Y a mitad de esa extraña llanura que debería haber sido un valle, la tierra y la nieve caían, directamente hacia el corazón del mundo. Si no hubiéramos sido marineros, nuestras cabezas habrían dado vueltas con la vista; pero nos paramos en el borde vertiginoso para poder ver un camino para bajar. Y por un lado, y solo un lado, la pared se había derrumbado hasta que era como la pendiente de las cubiertas en una brisa de gavia. No sé por qué esto debía ser así, pero así era. "Es la boca del infierno", dijo él; "bajemos". Y bajamos.

»Y en el fondo había una cabaña, construida por algún hombre, con troncos que había arrojado desde arriba. Era una cabaña muy vieja; pues hombres habían muerto allí solos en diferentes momentos, y en trozos de corteza de abedul que había allí leímos sus últimas palabras y sus maldiciones. Uno había muerto de escorbuto; el compañero de otro le había robado sus últimas provisiones y pólvora y se había fugado; un tercero había sido mutilado por un oso grizzly de cara calva; un cuarto había cazado en busca de presas y muerto de hambre —y así sucesivamente, y se habían resistido a dejar el

oro, y habían muerto a su lado de una forma u otra—. Y el oro sin valor que habían reunido amarilleaba el suelo de la cabaña como en un sueño.

»Pero su alma era firme, y su cabeza clara, este hombre que yo había llevado hasta allí. "No tenemos nada que comer", dijo, "y solo miraremos este oro, y veremos de dónde viene y cuánto hay. Luego nos iremos rápido, antes de que se nos meta en los ojos y nos robe el juicio. Y de esta manera podremos volver al final, con más provisiones, y poseerlo todo". Así que miramos la gran veta, que cortaba la pared del foso como una verdadera veta debe hacerlo; y la medimos, y la seguimos desde arriba y desde abajo, y clavamos las estacas de las reclamaciones y marcamos los árboles en señal de nuestros derechos. Luego, con las rodillas temblando por falta de comida, y una enfermedad en nuestros vientres, y nuestros corazones latiendo cerca de nuestras bocas, subimos la poderosa pared por última vez y volvimos la cara al viaje de regreso.

»El último tramo arrastramos a Unga entre nosotros, y caímos a menudo, pero al final llegamos al escondite. Y he aquí que no había provisiones. Estaba bien hecho, pues él pensó que eran los glotones, y los maldijo a ellos y a sus dioses en el mismo aliento. Pero Unga fue valiente, y sonrió, y puso su mano en la de él, hasta que me aparté para poder contenerme. "Descansaremos junto al fuego", dijo ella, "hasta la mañana, y sacaremos fuerzas de nuestros mocasines". Así que cortamos las partes superiores de nuestros mocasines en tiras, y las hervimos la mitad de la noche, para poder masticalas y tragarlas. Y por la mañana hablamos de nuestras posibilidades. El siguiente escondite estaba a cinco días de viaje; no podíamos llegar. Debíamos encontrar caza.

»"Saldremos a cazar", dijo él.

»"Sí", dije yo, "saldremos a cazar".

»Y él dispuso que Unga se quedara junto al fuego y guardara sus fuerzas. Y salimos, él en busca del alce, y yo al escondite que había cambiado. Pero comí poco, para que no vieran en mí mucha fuerza. Y por la noche él cayó muchas veces mientras se acercaba al campamento. Y yo también fingí sufrir una gran debilidad, tropezando con mis raquetas de nieve como si cada paso pudiera ser el último. Y sacamos fuerzas de nuestros mocasines.

»Era un gran hombre. Su alma levantó su cuerpo hasta el final; ni gritó en voz alta, salvo por el bien de Unga. Al segundo día lo seguí, para no perderme el final. Y se tumbaba a descansar a menudo. Esa noche estaba casi acabado; pero por la mañana juró débilmente y salió de nuevo. Era como un borracho, y esperé muchas veces a que se rindiera; pero la suya era la fuerza de los fuertes, y su alma el alma de un gigante, pues levantó su cuerpo durante todo el agotador día. Y mató dos perdices de las nieves, pero no quiso comerlas. No necesitaba fuego; significaban la vida; pero su pensamiento estaba en Unga, y se volvió hacia el campamento. Ya no caminaba, sino que se arrastraba a cuatro patas por la nieve. Me acerqué a él, y leí la muerte en sus ojos. Incluso entonces no era demasiado tarde para comer de las perdices. Arrojó su rifle, y llevó las aves en la boca como un perro. Caminé a su lado, erguido. Y él me miró durante los momentos en que descansaba, y se preguntó por qué yo era tan fuerte. Podía verlo, aunque ya no hablaba; y cuando sus labios se movían, se movían sin sonido. Como digo, era un gran hombre, y mi corazón habló por blandura; pero repasé mi vida, y recordé el frío y el hambre del bosque interminable junto a los mares rusos. Además, Unga era mía, y había pagado por ella un precio incalculable de pieles y botes y cuentas.

»Y de esta manera atravesamos el bosque blanco, con el silencio pesado sobre nosotros como una húmeda niebla marina. Y los fantasmas del pasado estaban en el aire y a nuestro alrededor; y vi la playa amarilla de Akatan, y los kayaks corriendo a casa desde la pesca, y las casas en el borde del bosque. Y los hombres que se habían hecho jefes estaban allí, los legisladores cuya sangre yo llevaba, y cuya sangre había desposado en Unga. Sí, y Yash-Noosh caminaba conmigo, con la arena mojada en el pelo, y su lanza de guerra, rota al caer sobre ella, todavía en su mano. Y supe que el momento había llegado, y vi en los ojos de Unga la promesa.

»Como digo, vinimos así a través del bosque, hasta que el olor del humo del campamento llegó a nuestras fosas nasales. Y me incliné sobre él, y le arranqué las perdices de los dientes. Se volvió de lado y descansó, el asombro creciendo en sus ojos, y la mano que estaba debajo deslizándose lentamente hacia el cuchillo en su cadera. Pero se lo quité, sonriendo cerca de su cara. Incluso entonces no entendió. Así que fingí beber de botellas negras, y construir en la nieve una alta pila de bienes, y revivir las cosas que sucedieron en la noche de mi matrimonio. No dije palabra, pero él entendió.

Sin embargo, no tenía miedo. Había una mueca de desprecio en sus labios, y una ira fría, y reunió nuevas fuerzas con el conocimiento. No estaba lejos, pero la nieve era profunda, y se arrastró muy lentamente. Una vez, yació tanto tiempo, que lo volteeé y lo miré a los ojos. Y a veces miraba hacia adelante, y a veces a la muerte. Y cuando lo solté, luchó por seguir adelante. De esta manera llegamos al fuego. Unga estuvo a su lado al instante. Sus labios se movieron, sin sonido; luego me señaló a mí, para que Unga pudiera entender. Y después de eso yació en la nieve, muy quieto, durante un largo rato. Incluso ahora está allí en la nieve.

»No dije palabra hasta que hube cocinado las perdices. Entonces le hablé a ella, en su propia lengua, que no había oído en muchos años. Se enderezó, así, y sus ojos estaban abiertos de asombro, y preguntó quién era yo, y dónde había aprendido esa lengua.

»"Soy Naass", dije.

»"¿Tú?", dijo ella. "¿Tú?". Y se acercó para poder mirarme.

»"Sí", respondí; "soy Naass, jefe de Akatan, el último de la sangre, como tú eres la última de la sangre".

»Y ella se rio. Por todas las cosas que he visto y las hazañas que he hecho, que nunca vuelva a oír una risa así. Me heló el alma, sentado allí en el Silencio Blanco, solo con la muerte y esta mujer que reía.

»"¡Ven!", dije, pues pensé que desvariaba. "Come de la comida y vámonos. Hay un largo trecho de aquí a Akatan".

»Pero ella hundió la cara en su melena amarilla, y rio hasta que pareció que los cielos debían caer sobre nuestras cabezas. Había pensado que se alegraría mucho al verme, y que estaría ansiosa por volver al recuerdo de los viejos tiempos; pero esta parecía una forma extraña de tomarlo.

»"¡Ven!", grité, tomándola con fuerza de la mano. "El camino es largo y oscuro. ¡Apresurémonos!".

»"¿A dónde?", preguntó, sentándose y cesando su extraña alegría.

»"A Akatan", respondí, atento a la luz que crecería en su rostro ante la idea. Pero se volvió como la de él, con una mueca de desprecio en los labios, y una ira fría.

»"Sí", dijo ella; "iremos, de la mano, a Akatan, tú y yo. Y viviremos en las chozas sucias, y comeremos pescado y aceite, y engendraremos una prole, una prole de la que estar orgullosos todos los días de nuestra vida. Olvidaremos el mundo y seremos felices, muy felices. Es bueno, muy bueno. ¡Ven! Apresurémonos. Volvamos a Akatan".

»Y pasó la mano por el pelo amarillo de él, y sonrió de una manera que no era buena. Y no había promesa en sus ojos.

»Me senté en silencio, y me maravillé de la extrañeza de la mujer. Volví a la noche en que él me la arrancó, y ella gritó y le desgarró el pelo —el pelo con el que ahora jugaba y no quería dejar—. Entonces recordé el precio y los largos años de espera; y la agarré con fuerza, y la arrastré como él había hecho. Y ella se resistió, igual que en aquella noche, y luchó como una gata por su cachorro. Y cuando el fuego estuvo entre nosotros y el hombre, la solté, y se sentó y escuchó. Y le conté todo lo que había ocurrido entretanto, todo lo que me había pasado en mares extraños, todo lo que había hecho en tierras extrañas; de mi búsqueda agotadora, y los años de hambre, y la promesa que había sido mía desde el principio. Sí, lo conté todo, incluso lo que había pasado ese día entre el hombre y yo, y en los días aún jóvenes. Y mientras hablaba vi crecer la promesa en sus ojos, plena y grande como el alba. Y leí piedad allí, la ternura de la mujer, el amor, el corazón y el alma de Unga. Y yo era un jovenzuelo de nuevo, pues la mirada era la mirada de Unga mientras corría por la playa, riendo, hacia la casa de su madre. La severa inquietud se había ido, y el hambre, y la agotadora espera. El momento había llegado. Sentí la llamada de su pecho, y me pareció que allí debía reposar mi cabeza y olvidar. Me abrió los brazos, y me acerqué a ella. Entonces, de repente, el odio llameó en sus ojos, su mano estaba en mi cadera. Y una vez, dos veces, me clavó el cuchillo.

»"¡Perro!", espetó, mientras me arrojaba a la nieve. "¡Cerdo!". Y luego rio hasta que el silencio se resquebrajó, y volvió junto a su muerto.

»Como digo, una vez me clavó el cuchillo, y dos; pero estaba débil por el hambre, y no estaba destinado que yo muriera. Sin embargo, estaba decidido a quedarme en ese lugar, y a cerrar los ojos en el último largo sueño con aquellos cuyas vidas se habían cruzado con la mía y habían guiado mis pies por senderos desconocidos. Pero pesaba sobre mí una deuda que no me dejaba descansar.

»Y el camino era largo, el frío amargo, y había pocas provisiones. Los pellys no habían encontrado alces, y habían robado mi escondite. Y también los tres hombres blancos; pero yacían delgados y muertos en su cabaña cuando pasé. Después de eso no recuerdo, hasta que llegué aquí, y encontré comida y fuego... mucho fuego.

Al terminar, se acurrucó de cerca, casi celosamente, junto a la estufa. Durante un largo rato, las sombras de la lámpara de sebo representaron tragedias en la pared.

—¡Pero Unga! —gritó Prince, con la visión aún fuerte en él.

—¿Unga? No quiso comer de las perdices. Yacía con los brazos alrededor del cuello de él, con la cara hundida en su pelo amarillo. Acerqué el fuego, para que no sintiera la helada; pero ella se arrastró al otro lado. Y encendí un fuego allí; pero de poco sirvió, pues no quería comer. Y de esta manera todavía yacen allá arriba en la nieve.

—¿Y tú? —preguntó Malemute Kid.

—No lo sé; pero Akatan es pequeño, y tengo poco deseo de volver y vivir en el borde del mundo. Sin embargo, hay poca utilidad en la vida. Puedo ir a Constantine, y me pondrá grilletes, y un día atarán un trozo de cuerda, así, y dormiré bien. Sin embargo... no; no lo sé.

—¡Pero, Kid —protestó Prince—, esto es un asesinato!

—¡Silencio! —ordenó Malemute Kid—. Hay cosas más grandes que nuestra sabiduría, más allá de nuestra justicia. No podemos decir lo que está bien y lo que está mal en esto, y no nos corresponde a nosotros juzgar.

Naass se acercó aún más al fuego. Hubo un gran silencio, y en los ojos de cada hombre muchas imágenes iban y venían.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB